

sobrias y digestivas. Terminada que es la saludable reparacion de las fuerzas estomacales, el más anciano hace de príncipe, y una india, joven ó vieja, que en ésta la edad es indiferente, de princesa. En derredor de aquél se sientan seis ó ocho hombres, é igual número de mujeres en derredor de ésta. Los tales Indios reciben el nombre de *bellacos*, y el de *bellacas* las Indias.

A la cabeza del corro, y superior á todos en categoría, colócase otro indio diestro en el juego, á quien titulan *dueño de jato*; y una vez cada cual en el sitio que le corresponde da comienzo el *duplo*.

El *dueño de jato* dice pomposa, grave y solemnemente dirigiéndose al príncipe, á la princesa, á los bellacos y á las bellacas, mientras los demás circunstantes, atentos al desempeño del *duplo*, no pierden un movimiento ni una palabra.

—En la calle de..... todos mis bellacos y bellacas mataron.

—No hay tal, *dueño*,—contestan los aludidos.

—¿Pues quién mató?—pregunta el *dueño de jato*.

—Mató tal ó tales bellacas,—responde uno cualquiera de los bellacos.

—No es cierto,—contestan aquéllas.

—¿Pues quién mató?—insiste el *dueño de jato*, más serio que la seriedad misma.

—Ese bellaco,—dice una, eligiendo, por lo general, al que más aprecia.

Al llegar aquí, el bellaco designado no tiene más remedio que echar un *duplo*, es decir, improvisar una copla, la cual suele ser tan poética é inspirada como supondrá desde luego el que leyere, advirtiéndole, porque no estará demás el advertirlo, que en dichas coplas ó *duplos*, sobre ser libre el tema ó punto, que casi siempre es alegre ó de batallas, hay verdadera licencia poética, pues unas veces acuden, estropeándolas sin miramientos, á relaciones de comedias ó romances del país, y otras á la improvisacion por todo lo alto.

Acúsanse unos á otros de la muerte, y de esta manera continúa el duelo hasta las mil y quinientas, sin que los actores del *jato* se fatiguen, ni los espectadores, que se chupan los dedos de gusto, den la más leve muestra de cansancio.

Como todo, empero, no ha de ser tortas y pan blanco, si el acusado tarda en improvisar, el acusador le sacude de lo lindo con un pedazo de tela que, al efecto, tuercen y retuercen hasta convertirla en un zurriago.

Así pasan la noche, y de esta suerte alivian la pena de la familia del pobre difunto.

Dígame por su vida el lector, ya que le he puesto al corriente de esta extraña costumbre, si no tenía yo razón para dudar, cuando leía la

carta de mi amigo, de la exactitud de duelo tan singularísimo.

Y, sin embargo, es muy cierto.

Francisco Cafiamaque.

## EN LOS CAMPOS DE SAIDA

¿Dome encuentrof? ¡Por qué los nublosojos No ven de mí en redor sino es que niebla, Y entre ella piras de humo que se extienden Del ancho llano á la empinada sierra,

Y del humo mil manchas carmináceas A trozos juntan las negruzcas trenzas! ¿Acaso es este sitio el decantado Donde se encuentran las terribles cuevas, Morada del espíritu maldito,

Y en este instante da un festín en ellas? Parece ser verdad... Aquestos campos Tienen otro color que no se encuentra

En los campos queridos que me vieron Vagar dichoso en sus amenas selvas. Estos negros, aquéllos con verdura; Estos carecen áun de yerba seca;

En aquéllas hay flores, hay arroyos, Aquí tan sólo calcinada tierra:

Allí trinan las aves con ditzura; Aquí no vierten ni una triste queja,

Y si alguna tal vez pasa volando, Imprimiendo en sus alas mayor fuerza, De estos sitios horribles espantada, El rauda vuelo presuroso aleja.

De mi patria en los montes seductores se oye la flauta del pastor, que suena Con notas cadenciosas, que repite oculto el eco en la enramada espesa:

Se oye el canto de la zagala hermosa Que vaga por la placida ribera,

Y el arroyo de plata que murmura Descendiendo del monte á la pradera.

¡Aquí!... silencio sepulcral, horrible...

Sólo con voces de infernal caverna Se oye un ¡ay! y un ¡bíos mío! y un ¡madrel! Y aquel rugido por instantes cesa;

Y luego... cercano... más cercano se oye Un ¡patria mía! en dolorosa queja.

Y luego otra voz un ¡esposa amada! Y luego un ¡hijo! que de espanto hiela.

Y luego, al fin, como tromba desatada Que monte y llano con su estruendo llena, Cien voces espirantes que se esparcen En alas de los vientos, por la tierra,

Y entre el humo bridones que relinchan, Y duros yataganes que golpean,

Y miembros palpitantes que se agitan Del tórrido desierto en las arenas.

Y más allá, en el centro tenebroso Una matrona con las tocas negras,

Suelto el manto á merced de la borrasca, La caballera por la espalda suelta,

Derrama de sus ojos divinales Sangre trocada en abundantes perlas.

Y un león á sus plantas se retuerce, sacudiendo, erizada, la melena,

Mostrando los colmillos sanguinosos, Y rugiendo á la par con tal fiera,

Que hasta el eco espantado no se atreve Los gritos á copiar que da la fiera.

Miguel R. Aguado.

## UN RECUERDO.

Sres. D. Francisco Llopis y D. José Alcázar.

Mis distinguidos amigos y compañeros:

Pidenme en su atenta invitacion de 31 de Julio, que preste mi humilde óbolo intelectual á la nobilísima idea de publicar un Album titulado ALMERIA-ORÁN, para dedi-

car los productos de esta obra á los repatriados del Africa francesa, y desde luego voy á llenar este sagrado deber, como español, como hijo de un país que casi linda con esa hermosa provincia, y como *insensato* que soy, por mal ó bien de mis pecados.

Al efecto, voy á reproducir un recuerdo del *tiempo viejo*, como diría nuestro eminente poeta D. José Zorrilla, y acaso en el mismo encuentren Vds. algo que tenga una triste analogía con los horribles sucesos que hoy lamentamos, y acaso tambien esa ciudad de Almería, tan querida para mí, halle algunos renglones que puedan aplicarse á su historia.

Allá por los años de 1843 al 44, el provincial de Almería, núm. 39, de la reserva entónces, estaba bajo el mando de su valiente y noble coronel D. Luis de Gualda, hijo de la villa de Alhabia, que es la más importante de la morisca Tahá de Marchena. Aquel cuerpo había venido del fondo de Cataluña donde ennoblecíó su bandera durante los siete años de la primera carlista, y pasó, despues de estar algun tiempo en Almería, á dar guarnicion á Melilla, en aquella sazón asediada pertinazmente por cinco kabilas de las que habitan desde el cabo de las Tres Forcas hasta las dilatadas salinas que se extienden hacia el Mediodia, al pié del *Gurugú*.

Melilla, como todo el mundo sabe, está fundada, digámoslo así, en la clave del gran arco que forma la costa tingitana, desde el mencionado cabo de las Tres Forcas hasta el golfo de Orán. Al Este se descubren las peñascosas Chafarinas y en la misma direccion, corriéndose hacia el Sur, se alzan envueltas en el vapor caliginoso del cielo africano, las montañas de Isly, donde fué derrotado por el general francés Bugeau, Abd-el-Kader y el hijo del entónces emperador de Marruecos.

Una noche (creo que fué en Enero ó Febrero de 1844) el mar estaba agitado por el viento nordeste y gruesas olas iban á estrellarse sobre las rocas madre-póricas que sirven de cimiento á Melilla por la parte del Mediterráneo. En este paraje háy un pequeño desembarcadero abierto en piedra viva, y como la plaza está situada en la cumbre, para penetrar en ella, es preciso atravesar un rastrillo, que era de madera; penetrar luego en un reducido espacio, donde había una guardia llamada *Florentina*, compuesta de cuatro soldados y un cabo, y á continuacion cruzar un túnel, con una puerta á la entrada y otra á la salida, ademas de sus correspondientes rastrillos.

Quando á la caída de la tarde el capitán de Navas cerraba todas las puertas de la plaza tanto las de la línea exterior por la parte del campo, cuanto las de los demás recintos fortificados, la guardia de *Florentina* quedaba desfilada entre el pedregal de desembarcadero y el túnel.